

26.

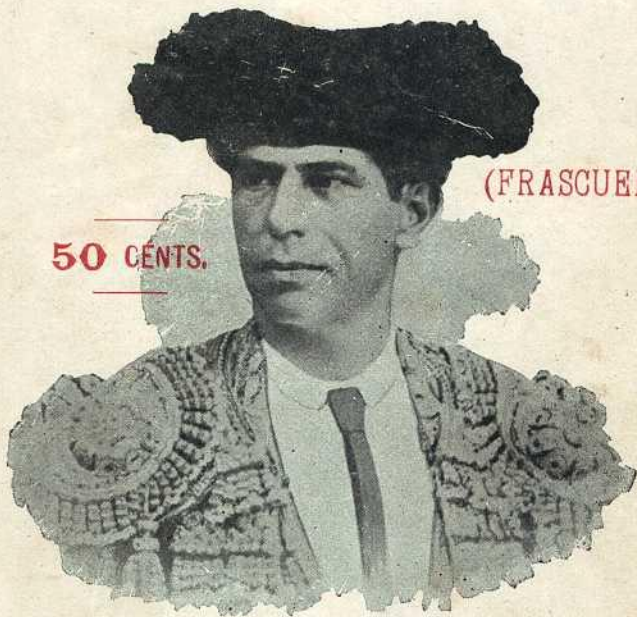




BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN IV

SALVADOR SANCHEZ



(FRASCUELO)

50 CÉNTS.

GINÉS CARRIÓN, editor.

VERÓNICA, 13 Y 15.—MADRID.



Salvador Sánchez (Frascuelo).

2

BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN IV

Salvador Sánchez

(FRASCUELO)



MADRID

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

Calle de la Verónica, 13 y 15.

1906



I

Las novilladas en 1864.

Fueron antaño las funciones de novillos, con sus *escenas, comparsas y moji-gangas*, sus embolados «para los espectadores que gustasen bajar al redondel», sus dos toros de puntas y su imprescindible final de fuegos artificiales, algo así como la grotesca parodia, el comentario satírico, la crónica regocijada del suceso del día.

En ellas se representaban pasajes de *La pata de cabra, Los polvos de la madre Celestina, La redoma encantada, El corazón de un bandido, Jugar con fuego, Un congreso de gitanos, El tío Caniyitas*, y otras producciones dramáti-

cas en boga á la sazón, ó se conmemoraban hechos de armas, gloriosos para los españoles, como *La toma de Tetuán*; ó se componían, con más ó menos vis cómica, escenas de costumbres á modo de *El doctor y el enfermo*, *Los toneleiros*, *Los contrabandistas de Sierra Morena*, *Los zapateros* y *La molinera*; ó episodios meramente *fantásticos* y de extraordinaria visualidad entonces, como *Los eunucos y las odaliscas*, *Los indios*, *Moros y cristianos*, *Una corrida de toros en los infiernos*, *Un campamento de beduinos*, etc.; que fuera prolijo, amén de cansado, enumerar los títulos de cuantas *pantomimas* figuraron en los carteles de aquellas novilladas para solaz y esparcimiento de nuestros respetables mayores.

Sabido es que la invención de correr los toros embolados debióse á la reina doña Isabel I de Castilla; esta señora, con motivo de haber presenciado en Arévalo—1494—una corrida efectuada en su honor, donde murieron dos hom-

bres y tres ó cuatro caballos, «sintió mucha pena. Por lo qual dentro de quince días mandó que á los toros encajasen en adelante en sus astas otras postizas, enclavadas de suerte que sus extremos, viniendo sobre la espalda del animal, le imposibilitasen herir á peón ó caballo, y en lo sucesivo no quería la Reyna que de otro modo se corriesen toros en su presencia» (1).

Mal avenido el carácter de los españoles con aquella mixtificación, que amenguaba el mérito de la lidia, despojándola de todo riesgo, al fallecer doña Isabel cayó en desuso la prohibición y volvieron á correrse toros á *cuerno limpio*.

Pero las novilladas propiamente dichas, corridas en *coso* cerrado, adquirieron su mayor importancia á mediados del siglo XVIII; pues, si bien por entonces aún se conservaba la costumbre

(1) Manuscrito existente en la Real Academia de la Historia.

de lidiar las reses emboladas, dióse atracción y novedad al espectáculo introduciendo las *escenas*, *comparsas* ó *mojigangas*, de que al principio hablamos, cuyo final obligado de la salida del novillo y su toreo por los actores de aquella *farsa* muda, resultaba siempre interesante y divertido para el público.

El abuso inició la decadencia de tales entretenimientos cómico-aurinos, é introdujose en ellos la costumbre de lidiar en *serio* uno ó dos toros de puntas, es decir, sin bolas; y así continuaron organizándose las novilladas, hasta hace unos treinta años, próximamente, que se transformaron en corridas *formales* de cuatro toros, terminadas con la indispensable capea de moruchos embolados para los espectadores que quisieran bajar al redondel, y la exhibición de fuegos artificiales, tan del gusto de las muchedumbres en todos los tiempos.

Corría el año de gracia de 1864; el 13 de Noviembre representóse en la plaza

de toros vieja, extramuros de la puerta de Alcalá, una mojiganga titulada *Los toneleros*.

«En la plaza se improvisa un taller; algunos obreros se ocupan en la construcción de toneles. El maestro tiene una hija, á quien obsequian un molinero, un aguador y Arlequín.

»Cuando, después del mediodía, cesa el trabajo y el taller queda solo, la niña recibe allí uno á uno á sus tres novios, que sucesivamente, y al oír ruido, se esconden en los toneles.

»Los operarios, al seguir sus labores, se encuentran á los escondidos amantes y los apalean.

»Arlequín pide perdón al tonelero, y éste le concede la mano de su hija, al mismo tiempo que el novillo pone en dispersión á la cuadrilla.

.....
»Salvador hizo en ella de tonelero, y mató al embolado.

»Ciertamente que *Frascuero* no anduvo cobarde en este debut; se arrancó

con tal fe y tan en corto, que del encontronazo cayó y fué cogido por la res.

»Pero el novillo salió muerto de la estocada, el público aplaudió al muchacho, y *Antoñeja*, que era entonces el director de las mojigangas, contó con *Frascuelo* para estoquear los embolados que en ellas se corriesen» (1).

En tan modesto principio tuvo su origen la fama del diestro que, poco tiempo después, era considerado por la afición como legítima gloria del toreo contemporáneo.

Ya Salvador habíase distinguido en las capeas de moruchos, despertando cierto interés entre los espectadores su buena maña para torear, su valentía y un algo especial, propio, característico, que le hacía sobresalir de la multitud de *capitalistas* que invadían el redondel apenas anunciaban los clarines la aparición de *los embolados*.

(1) Pascual Millán: *Los novillos*, estudio histórico, pág. 215.

El 20 de Noviembre del mismo año se representó *La tía Marizápalos*, figurando en ella una porción de brujas, con el inevitable carro triunfal y el diablo que, á zurriagazo limpio, como suelen hacerlo siempre los pulcrosos agentes de nuestras celosas autoridades, dispersó la cuadrilla momentos antes de que apareciese el novillo de rigor para final del sainete.

«Aquel diablo fué *Frascuero*, que hizo la diablura de citar á recibir, y aunque no consumó la suerte, mató bien, alcanzando una ovación» (1).

Desde entonces el churrianero (2)

(1) Pascual Millán: *Los novillos*, estudio histórico, pag. 217.

(2) Salvador Sánchez Povedano, hijo de José y Sebastiana, nació en *Churriana de la Vega* (Granada), el 23 de Diciembre de 1842.

Varias son las versiones que hemos consultado referentes á la fecha en que *Frascuero* vino al mundo, y sobre no hallarlas conformes más que en el mes, todas están equivocadas; pues mientras D. José Santa Coloma, en sus *Apuntes biográficos*, señala el 21 de Diciem-

continuó siendo el héroe de las novilladas.

Muy pocos años contaba Salvador

bre de 1841, D. Leopoldo Vázquez, en el *Vocabulario taurómico*, asegura que fué el 21 de Diciembre de 1844, á la vez que afirma en el tomo 14 de su *Biblioteca taurina*, dedicado á la biografía del célebre torero, que éste nació el 21 de Diciembre de 1843.

En vista de tal disparidad, creemos conveniente trasladar aquí una copia literal de la partida de bautismo, publicada en facsímil por el semanario taurino *Sol y Sombra* el 7 de Marzo de 1901, número 208.

Dice así:

«Don Federico Pérez Delgado, cura de la Iglesia Parroquial de Churriana de la Vega, Certifico: que en el libro quince de Bautismos, folio ciento treinta vuelto, se encuentra la siguiente

Partida.—En el lugar de Churriana de la Vega, Provincia y Arzobispado de Granada, en veinte y cinco días del mes de Diciembre de mil ochocientos cuarenta y dos, yo D. José María Bueno, Teniente de Cura de la Iglesia Parroquial de este Lugar Bauticé solemnemente en ella á Salvador Victoria, que nació el día vein-

cuando, en unión de la familia, fué trasladado á Madrid, donde aprendió las primeras letras y ejerció más tarde el oficio de papalista, por el que, dicho sea

te y tres de dicho mes y año, hijo legítimo de José Sánchez y de Sebastiana Povedano, naturales el primero del Lugar y la segunda de Gavia la Grande y vecinos de este Lugar, abuelos paternos Luis Sánchez y Juana Melgarejo, naturales de dicho lugar de Cajar; abuelos maternos Pablo Povedano y Juana Avilés, naturales de la Villa de Gavia: fué su Padrino Francisco de Torres, de estado Casado, natural de Gavia, á quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones que había contraído. Siendo testigos D. Miguel Megías Fontes y Agustín Alvarez, de esta vecindad; y para que conste extendí y autoricé la presente partida en el libro de partidas de Bautismos de esta Parroquia y lo firmé.—

José María Bueno.

La anterior partida es copia. Y para que conste expido la presente, que no tendrá valor alguno mientras no se reintegre este papel.—

Churriana siete de Junio de mil novecientos.—
Federico Pérez Delgado.

de paso, no mostró gran afición, prefiriendo dedicarse á sortear reses en las novilladas.

Aquel famoso banderillero y excelente peón, que ha legado á la historia de la tauromaquia el nombre de Matías Muñoz y que siempre recuerdan con veneración y entusiasmo los antiguos aficionados, pudo ver á Salvador capeando y marcando las banderillas, é interesóse por él, previendo en aquel jovenzuelo de atezado rostro y rizada cabellera un torero, embrionario todavía, pero que prometía mucho para el porvenir.

Asegura D. José Santa Coloma en los *Apuntes biográficos* que dedica á *Frasuelo* (1), que «en 1863, más de una vez »tomó parte en las novilladas de Madrid »y pueblos circunvecinos, habiendo sufrido una cogida de consideración en el »pueblo de Chinchón. En 1864, puede »asegurarse fué cuando comenzó á tomar parte como banderillero en corri-

(1) Obra citada, pág. 328.

»das formales. En dicho año trabajó
»agregado á varias cuadrillas, recor-
»dando entre ellas á la que dirigía Ca-
»yetano Sanz. Los aficionados, tanto de
»Madrid como de provincias, fijaron en
»el joven Salvador su atención por su
»incansable celo en la colocación de los
»bichos, *quites*, capeos, recortes, y so-
»bre todo, clavando las banderillas de
»*frente* y *quebrando* sentado en la silla.
»En esta faena sufrió dos cogidas sin
»consecuencias. Transcurridos, próxi-
»mamente, dos años en la brega de to-
»reador de capa y *palos*, llegó el de 1866,
»que figuró como espada, sin alternati-
»va, en algunas plazas, entre ellas la de
»Tolosa».

Toreando *Frascuero* en esa plaza guipuzcoana ocurrió un incidente, que puso en relieve las inapreciables dotes de valor que le adornaban.

He aquí cómo lo refiere el inteligente aficionado y buen escritor granadino D. José Rodrigo, ya difunto, en su pre-

cioso artículo de información titulado:
En Churriana de la Vega (1):

«Entre sus hazañas hay que recordar
»aquella famosa que le ocurrió el 25 de
»Junio de 1866, en Tolosa, teniendo
»veinte y un años y siendo matador de
»novillos. Estoqueando el quinto toro,
»de D. Raimundo Díaz, rompió el chi-
»quero el sexto y salió al redondel.

»Ni se inmutó siquiera; Salvador dejó
»el toro que estaba trasteando y se fué
»temerariamente al sexto, y le hizo ro-
»dar con un mete y saca, continuando
»después la faena con el otro».

El escritor taurino que firma general-
mente sus trabajos con el seudónimo de
D. Hermógenes, refiere el hecho en es-
tos términos (2):

«Memorable fué la novillada que se
»efectuó en Tolosa (Guipúzcoa), el
»día 25 de Junio de 1866. Cuando *Fras-*
»*cuelo*, que como espada tomaba parte

(1) *Sol y Sombra*, núm. 208, año V.

(2) *Idem id.*

» en aquella corrida, se disponía á matar
» el quinto novillo, rompió el que debie-
» ra ser lidiado en sexto lugar la puerta
» del chiquero y saltó al redondel; no se
» *afligió* Salvador ante la inesperada
» presentación del nuevo enemigo, é in-
» terrumpiendo la faena del quinto, fué-
» se inmediatamente en busca del *apa-*
» *recido*; lo *alegró* desde lejos y le atizó
» una estocada que fué lo suficiente; vol-
» vió el intrépido diestro al toro abando-
» nado y lo despachó tranquilamente,
» ganándose una ovación tan entusiásti-
» ca como mereció el acto de arrojo que
» acababa de realizar.

» Pues bien—y esta es la parte más
» interesante de la anécdota, por ser la
» menos conocida—por aquella corrida,
» que estoqueó él solo, le abonaron la
» *enorme* cantidad de 750 pesetas, y Sal-
» vador, creyéndose ya capitalista, poco
» menos que millonario, guardó suma
» tan *exorbitante* en el baúl que poseía—
» prestado, para más detalles—y pasó la
» noche sin dormir, sentado sobre la cu-

»bierta del mueble... ¡por temor á que
»le robaran su fortuna!...»

Volviendo al año 1864, diremos que Salvador intentó nuevamente consumir la suerte de matar recibiendo con el novillo destinado á la mojiganga *Los molineros*.

En 1865 figuró *Frascuelo* en las de *Los eunucos y las odaliscas*, *Los zapateros* y *Los indios*, rayando en ellas á tal altura, que la prensa llegó á ocuparse en su trabajo como si se tratara de un matador con alternativa.

En la última de las citadas pantomimas, especialmente, puede asegurarse que cimentó su fama, consumando la suerte de recibir como lo hubiera hecho el señor Manuel Domínguez.

Pocos días después, el *Boletín de loterías y toros* decía, refiriéndose á Salvador:

«Si trabaja Salvador Sánchez, como
»creemos lo hará el domingo próximo
»en la mojiganga, aconsejamos á mu-
»chos que vean el modo que tiene de

»pasar, si lo hace como en la corrida anterior».

No bien avenido *Frascuero* con matar novillos embolados, quiso habérselas con toros de puntas, y tal empeño mostró en ello, tanto suplicó y de manera tan decidida se propuso lograrlo, que al fin lo consiguió, y en el cartel de la novillada correspondiente al 26 de Febrero de 1865, se anunció su presentación en esta forma:

«Entre los banderilleros trabajará »Salvador Sánchez (*el Frascuelo*), que »se ha obligado á ejecutar la difícil »suerte del quiebro, poniendo

BANDERILLAS SENTADO EN UNA SILLA

»si alguno de los toros se presta á ello».

De lo que hizo nuestro biografiado aquella tarde, juzgará quien leyere por este párrafo del citado periódico taurino:

«Después, Benito Garrido, Villavicio- »sa y Mateo López, que debían bande- »rillar á *Tiznao*, primero de la tarde, »dieron los palos á Salvador Sánchez,

»quien puso un magnífico par sentado
»en la silla, dando el quiebro con preci-
»sión, colocando después par y medio
»al cuarteo».

Es de advertir que en ese cartel fué donde por primera vez apareció el nombre de Salvador Sánchez, seguido del apodo *el Frascuelo*; más tarde suprimiósese el artículo y se le llamó *Frascuelo á secas*.

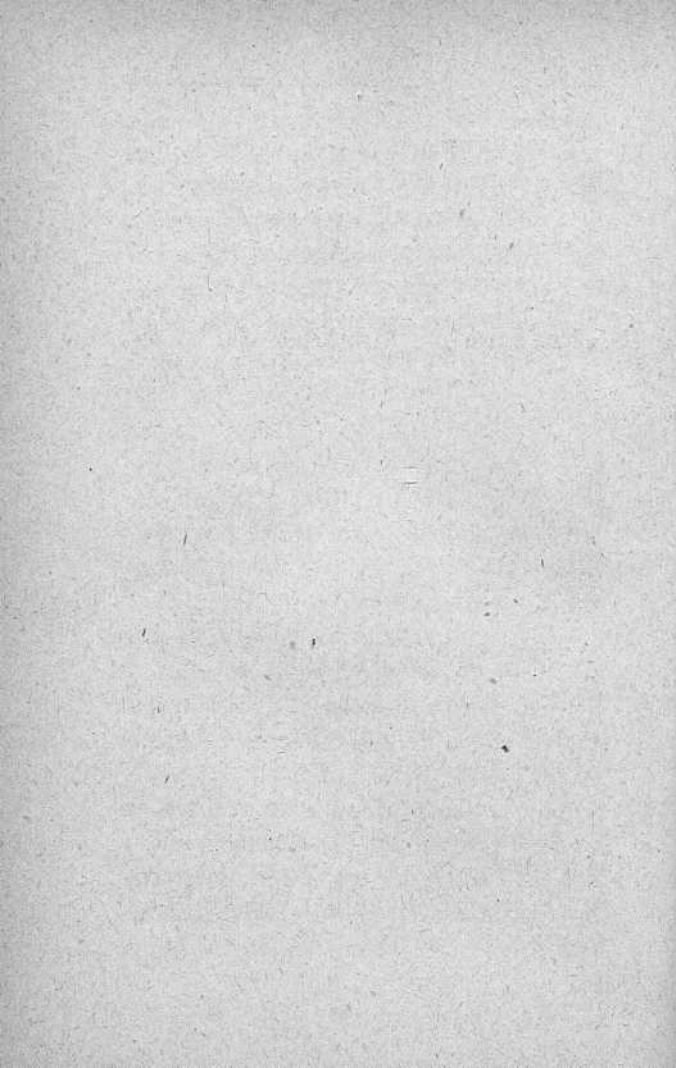
El 26 de Marzo del mismo año—1865—mató por primera vez novillos de puntas, y así continuó, figurando además como sobresaliente en algunas corridas de toros, hasta el 30 de Mayo de 1867.

Hizo su *debut* en concepto de sobresaliente el 9 de Septiembre de 1866, al lado de Cayetano Sanz, Rafael Molina, *Lagartijo*, y Jacinto Machío, nuevo á la sazón.

Tales fueron los modestos principios de aquel torero que, poco tiempo después, había de figurar en los anales de la tauromaquia como uno de los dies-

tros más grandes, al lado de los Romero, Montes, *Chiclanero*, Domínguez, *Tato*, etc., y contribuir, con *Lagartijo*, al enaltecimiento y esplendor del espectáculo más nacional, durante la que pudiera llamarse última etapa de la edad de oro en el toreo.





II

«Frascuelo» matador de toros.

El día 27 de Octubre de 1867, se celebró en Madrid una corrida extraordinaria á beneficio del hospital de Nuestra Señora de Atocha.

En ella tomaron parte los célebres espadas Francisco Arjona Herrera, *Cúchares*, su hijo Francisco Arjona Reyes, *Currito*, y el neófito Salvador Sánchez, *Frascuelo*.

Con las formalidades de rúbrica en estos casos, cedió *Cúchares* espada y muleta á Salvador, para que éste mata-se el primer toro de Bañuelos, llamado *Señorito*.

«¡Qué *debut* el suyo como espada de
»alternativa! A *Señorito* (primer toro
»que mató), le arrancó tan en corto y
»se cuidó tan poco de vaciar, que el
»chiquillo fué por los aires. En el se-
»gundo (*Cuervo*), adelantó el pie para
»recibir, y si no consumó la suerte, tuvo
»el coraje de intentarla, demostrando
»con eso que no le achicaban los achu-
»chones, sino que le servían de aci-
»cate» (1).

Al año siguiente—1868—toreó *Fras-
cuelo* veinte corridas en la plaza de Ma-
drid y gran número por provincias, sin
que le ocurriera nada notable durante
ese período, salvo que el día 7 de Junio
en Granada se verificó su primer en-
cuentro con *Lagartijo*; «el encuentro—
»escribe Leopoldo Vázquez en su bio-
»grafía de *Frascuelo* (2)—con el que en

(1) Pascual Millán: *Crónica taurina* publi-
cada en el núm. 208 del semanario taurino *Sol
y Sombra* (año V).

(2) *Biblioteca taurina*, tomo 14, pág. 6.

»unión suya había de levantar la afición
»á un extremo que nunca había alcan-
»zado, entablado entre ambos un pu-
»jilato digno é hijo del entusiasmo que
»los dos sentían por la profesión que
»abrazaron con tanta fe, pujilato que se
»inició en la citada plaza de Granada,
»en la corrida que ambos torearon el 11
»del citado Junio».

¡Lagartijo y Frascuelo!...

Al evocar los nombres de aquellos dos colosos de la tauromaquia, surgen en la mente de los antiguos aficionados dulces, gratísimas remembranzas, que trasportándolos á días ya remotos, les hacen sentir, con abrumadora pesadumbre, la nostalgia del bien perdido, y censurar, acaso con excesivo rigor, á quienes de presente se dedican á lidiar reses bravas, profetizando—nuevos Jeremías—la ruina del toreo en plazo próximo.

Y es que esos perpetuos adoradores de pretéritas bienandanzas, no quieren convencerse de que los tiempos avan-

zan, las costumbres y los gustos se modifican, y hoy parécenos cosa selecta y manjar exquisito lo que quizás ayer hubiéramos rechazado por desabrido y poco grato al paladar.

El toreo, como todos los espectáculos que encarnan en las costumbres de un pueblo y viven sometidos á las evoluciones propias del tiempo y los adelantos, atraviesa de presente un período de transición, con tendencia marcada, desde hace algunos años, á esenciales modificaciones, que han de ponerlo á nivel de nuestra cultura progresiva.

Los toreros del día no son mejores, ni peores, que los de antaño; ni la manera de lidiar hoy reses bravas, debe compararse con la de medio siglo atrás.

Si entonces hubo diestros que derrochaban el valor ante las fieras, también los hay ahora; si los de hoy ejecutan cosas dignas de reprobación y anatema, también los de ayer tenían sus épocas de desgracia; que no todo el monte era

orégano, como quieren hacernos creer los señores para quienes

*cualquiera tiempo pasado
fué mejor...*

Llenas están las revistas de los *buenos días* de bajonazos y estocadas pésimas, que tal vez entonces resultarían de perlas á los aficionados, y con las cuales hoy no transigimos, délas quien las dé.

Porque esto es lo que observamos, y quizás en ello consista el *quid* de la dificultad: no es que los toreros sepan menos—en absoluto—es que el público sabe mucho más; por eso exige también mucho más.

El mismo público, á medida que ha ido adquiriendo más amplia base de conocimientos en la materia, ha desterrado de las plazas ciertos usos que en otros tiempos se creyeron acaso indispensables para el buen orden y resultado de la lidia.

Desaparecieron los perros de presa, desapareció la media luna, y no hace

mucho, inteligentes escritores de la buena cepa, trataron de atenuar, en lo posible, lo que de repugnante puede tener la suerte de varas con el indispensable destripamiento de caballos.

No prosperó la idea—y de ello nos alegramos—pero... ¿quién sabe si mañana llegaremos á pedir como apremiante necesidad el uso de las famosas gualdrapas ó los petos bienhechores?...

Tampoco ahora quiere el público *alegrías* en los toreros, y con su actitud ha barrido de las plazas suertes vistosas de relativo mérito, dejándolas relegadas á las corridas de novillos, como si de simples mojigangas se tratase.

El salto al trascuerno, el de la garrocha, las banderillas en silla y otra porción de lances de puro adorno, quedaron arrinconados por expresa voluntad del público soberano, en cuanto éste fué percatándose de que en aquello había más *oropel* que *oro*, siendo mayor el ruido que las nueces en lo que respecta al mérito intrínseco de tales suertes.

Hoy se busca la *verdad* en todo, y solo con la *verdad* se acomoda el público de buen grado.

Actualmente se miden las estocadas por milímetros, no consintiendo que el arma quede un pelo más allá ó más acá del sitio justo en que debe colocarse; la mejor faena de muleta se considera deslucida en cuanto el estoque se desvía un poco del punto matemático en que debe penetrar para que la herida sea de ley.

Ayer el público se conformaba con ver toreros; hoy prefiere los matadores.

La ciencia de *Cúchares*, la elegancia de Cayetano, la finura del *Gordito*, no lograrían hoy despertar el entusiasmo que despierta una estocada de *Machaquito* dada, sin arte, de poder á poder...

Por eso, de presente, abundan los matadores, tanto como escasean los toreros, sin que eso deba ser considerado síntoma de decadencia.

Se trata, á nuestro entender, ya lo hemos dicho, de un período de transi-

ción, al término del cual surgirá tal vez un toreo novísimo en nada parecido al que todos conocemos, ó al de que nos hablan las crónicas taurinas.

¿Ganará ó perderá en el cambio la fiesta?...

¡Quién sabe!...

Sea lo que fuere, transformación ó decadencia, ello es que la nueva etapa comenzó al desaparecer de la arena aquellas dos figuras gigantescas que fueron, por así decirlo, el compendio de cuanto bueno existió en el arte de Montes durante todo el siglo XIX.

Lagartijo resumía en su toreo inteligente y adornado, la reposada gallardía de *Paquiro*, la agilidad del *Chiclanero*, la astucia de *Cúchares*, el gracejo del *Tato*, la elegancia de Cayetano...

Frascuero igualaba, quizás superándolo, el arrojo de los *Illo*, Guillén, Domínguez y tantos otros que alcanzaron, por su valor inquebrantable ante las reses, fama imperecedera y bien ganada popularidad.

Lagartijo y *Frascuelo* cerraron con broche de oro ese brillantísimo período en la historia de la tauromaquia, que comenzó con la aparición de Francisco Montes. Formaban—completándose—un conjunto armónico, lo suficientemente bello para despertar el entusiasmo de la afición, reanimándola en forma extraordinaria y produciendo en ella tal exaltación como jamás alcanzara en épocas anteriores.

Ellos suscitaron aquellas ruidosas competencias, entre los partidarios de uno y otro, que tanta animación é interés prestaron á la fiesta durante ese período que, con sus méritos innegables y por todos reconocidos, supieron llenar completamente.

Tratar del uno sin que la figura de su competidor se ofrezca potente y vigorosa á la imaginación, es imposible.

Parece que del contraste surgen con mayor esplendidez á nuestros ojos los méritos propios de cada uno.

De tal manera se impusieron en oca-

siones á los públicos, que muchas veces pudimos ver cómo los acérrimos, intransigentes y casi fanáticos admiradores de Rafael, hubieron de aplaudir con entusiasmo y sin reservas las faenas de Salvador y los de éste las de aquél, cual si los dos poseyesen mágicos elementos para hechizar con su presencia á los espectadores de uno y otro bando.

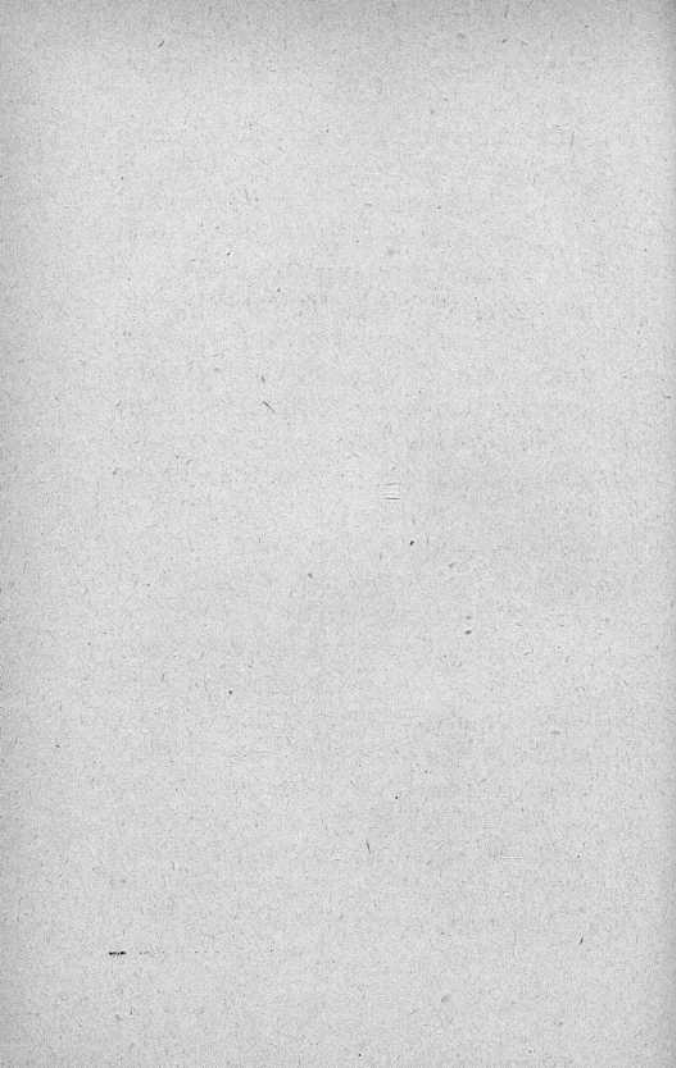
Con ellos desapareció el clasicismo en el toreo.

Involuntariamente nos hemos desviado del objeto que nos propusimos al empezar este trabajo; no hemos podido sustraernos á la influencia que en nosotros ejerce el recuerdo de esas dos grandes figuras, sin que con lo dicho hayamos pretendido establecer una comparación—que no puede ni debe existir—entre ellas y las que hoy se disputan los aplausos del público y el favor de las empresas.

Aquello acabó para siempre y pertenece á la historia.

Constituye un *pasado*—más ó menos glorioso—pero *pasado* al fin, del que solo quedan gratísimas remembranzas, transferidas de generación en generación por las referencias que nos legaron nuestros antecesores, quizás imparciales, tal vez apasionados en sus juicios, única base de que disponemos para apreciar algo aproximadamente lo que valían aquellos hombres, considerados antaño como indiscutibles notabilidades en la tauromaquia.





III

El toreo de Salvador.

Firmes en el plan que nos hemos trazado al inaugurar esta biblioteca, no seguiremos paso á paso puntualmente las vicisitudes por que hubo de pasar nuestro biografiado en su larga y accidentada carrera taurina.

Ese trabajo, sobre estar hecho, muy galana y concienzudamente, por aquel insigne maestro de la crítica que se llamó Peña y Goñi, y al que han seguido otros eminentes escritores en la grata labor de historiar las faenas de *Fras-cuelo*, resultaría prolijo y mal acomodado á las condiciones de este folleto.

Así, pues, prescindiendo de detalles,

daremos aquí una idea de lo que fué el toreo de Salvador, artísticamente considerado, tomando por base para ello los diferentes juicios que mereció á los críticos más autorizados en su época.

«Descuidó en sus primeros años de matador el manejo de la muleta; desde que faltó de Cayetano, no tuvo ejemplos activos que imitar, y en la suerte de *recibir* no fué de tan francos movimientos como luego consiguió serlo. Si hubiese tenido de quien copiar, de quien aprender dicha suprema suerte del toreo, es indudable que la hubiera practicado desde luego con entera sujeción á las reglas del arte; pero con solos sus buenos deseos, no hizo entonces más que *recibir* de un modo especial y expuesto, no dando salida suficiente con la muleta.»

.....

«Sufría el fuerte encontronazo á pie quieto, como debe ser, cuando cogía hueso; salía balanceándose de la cabeza de la res cuando tomaba los blan-

»dos, y él no se movía y dando poca salida; era raro que no fuese cogido.»

.....
«Salvador se colocaba perfectamente
»*enhiado*, corto y en buena postura;
»con valor citaba y esperaba, arrancaba
»el toro, le guiaba bien con la muleta,
»quebrando lo suficiente, pero no adelantaba el brazo del estoque para herir
»en tiempo oportuno, sino que aguardaba que el toro se encontrase con
»la punta, y entonces consumaba la
»suerte.»

.....
«*Arrancando*, y sobre todo *encontrándose*, era *Frascuero* mucho más
»seguro que con los toros faltos de patas, á quienes él iba; pero desde el
»año 1880 adelantó tanto, que bien puede decirse que la suerte de recibir, la
»del volapié y todas las demás, han sido
»ejecutadas por él á la perfección en la
»mayor parte de las ocasiones...» (1).

(1) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómico*, págs. 714 y 715.

El Sr. Santa Coloma, en los *Apuntes biográficos*, obra citada por nosotros anteriormente, hizo estas juiciosas observaciones respecto al mérito de *Fras-cuelo* (1):

«El joven de quien nos ocupamos,
» hasta el momento en que cerramos el
» resumen de su vida torera (2), ha me-
» recido bien de los aficionados, y como
» ya hemos repetido, brega mucho en la
» plaza con oportunidad, y más de una
» vez con lucimiento. Intenta hacer todo
» lo bueno del arte, desde la suerte de
» *matar recibiendo*, hasta la de *parar* los
» toros con el capote. No dudamos, si la
» suerte le sigue sonriendo, que se apro-
» xime á la escuela de Manuel Domín-
» guez, á la de Cayetano y aun á la de
» Carmona el *Gordito*, únicos á quienes
» hoy puede consultar, pero nunca en-
» trar en COMPETENCIAS...» (3).

(1) Pág. 329.

(2) Se refiere al año 1872, fecha en que publicó los citados *Apuntes*.

(3) Quizás el autor se refería á la iniciada

Entendemos que los aficionados y aun los mismos diestros, lejos de temer esa emulación hija del amor propio, cuando es noble, deben alentarla; porque de la competencia bien entendida y dignamente entablada, surgen arranques, iniciativas, genialidades é improvisaciones que prestan al espectáculo inusitada animación.

El afán, por parte de los competidores, de *hacer más* para lograr más aplausos y simpatías, les sirve de acicate y les conduce algunas veces, cuando se trata de verdaderos maestros del arte, á extremos inverosímiles de valentía y destreza, produciendo un entusiasmo delirante en quienes alcanzan la fortuna de presenciar sus faenas ricas en vistosidad, inteligencia y arrojo.

Claro es que no nos referimos á la

con *Lagartijo* en la plaza de Granada—1868—
y que tanto contribuyó al enaltecimiento y brillantez de las corridas en que tomaban parte ambos notables matadores,

competencia insana de restar aplausos, *tirar* ventajas de mala ley al compañero y ejecutar otros actos merecedores de reprobación, para captarse adeptos y simpatías merced á la adulación y la lisonja. Quien tal hace, ó siquiera pretende, no debe ser considerado como buen compañero, ni aun como rival decoroso para competir en lid honrada.

Pero cuando los competidores se tratan como buenos amigos, casi hermanos, y todo su prurito estriba en realizar faenas á cual más notable y complacer al público mediante múltiples alardes de amor propio y artística destreza, sirviéndose uno á otro de acicate en ese torneo de valor, inteligencia y habilidad,... ¡benditas sean las competencias, que tanto contribuyeron siempre á la brillantez del espectáculo!...

Donde hay pasión, hay vida; un pueblo sin ideales, es un pueblo muerto.

Bueno ó malo, cada espectador concurre á la plaza interesado por un diestro, que puede llamarse su favorito,

Restad ese interés á la fiesta y quedarán desiertos los circos taurinos.

Toda figura saliente en el toreo, necesita el contraste de otra que la estimule y trate de superarla en méritos.

Sin esa rivalidad—digámoslo así—ningún diestro, por aficionado é inteligente que fuera, se ocuparía en perfeccionar sus condiciones, al ver que nadie le disputaba los aplausos de la multitud.

Y entonces las corridas perderían gran parte, casi la totalidad, del atractivo que logran merced á las competencias.

Respecto á esa *rivalidad* entre *Lagartijo* y *Frascuelo*, escribía D. Pascual Millán en precioso artículo titulado *El Negro* (1):

«Es él, el *Negro* (2), tal y como le vi-

(1) *Sol y Sombra*, semanario taurino, número 389 (año VIII).

(2) Así llamaban los aficionados á Salvador porque era excesivamente moreno,

»mos en sus días de prosperidad, cuan-
»do luchaba con el coloso de Córdo-
»ba (1) y dividía á la afición en dos ban-
»dos, los cuales se fundían casi siempre
»en uno solo, aplaudiendo á rabiarse las
»hermosas faenas de los dos rivales.
»Porque entonces (aparte rarísimos ca-
»sos), la afición inteligente sobreponía-
»se á todo, y cuando *Lagartijo* realiza-
»ba algunas de sus portentosas faenas
»de muleta, durante las cuales, en al-
»gunos momentos el público no se atre-
»vía á respirar temeroso de interrumpir
»aquella serie de filigranas, los frascue-
»listas eran los primeros en entusias-
»marse y ensalzar ruidosamente á Ra-
»fael Molina. Y cuando Salvador, pues-
»to casi encima de los pitones, tranqui-
»lo, sereno, confiado, alzando tras de
»sí, con la imaginación, una muralla de
»hierro que le contuviese si acaso en
»momentos de duda ocurríasele retro-
»ceder un paso, cuando después de

(1) Rafael Molina, *Lagartijo*

»aquel instante—en el cual se hubiera
»oído el aleteo de una mosca—el toro
»caía muerto de una estocada y Salva-
»dor perdía en la refriega los alamares
»de la chaquetilla desprendidos al rozar
»del cuerno, los lagartijistas conver-
»tíanse en fervientes partidarios del
»*Negro* y le aplaudían con ahinco.»

.....

«Fué una rivalidad noble, una emula-
»ción de altos vuelos, la producida en-
»tre los dos colosos y sus amigos, hasta
»el punto de que en medio de la lucha,
»en el ardor de la pelea, cuando el sol
»estival abrasaba el cuerpo y las protes-
»tas á uno de los luchadores (dirigidas
»por los contrarios) enardecían su espí-
»ritu, jamás el rencor, la enemistad ni
»el odio rozaron las almas de aquellos
»hombres; antes bien, cada día se que-
»rían más, y se prestaban en la arena un
»auxilio y un apoyo tan sinceros y de-
»cididos, que no parecía sino que al de-
»fender la vida del compañero guarda-
»ba la suya propia.

»No toreaban á gusto cuando no lo
»hacían unidos; y si delante de uno de
»ellos cualquier adulator se permitía
»censurar al otro, la censura moría en
»el acto, falta de ambiente en que vivir.

»Aún recuerdo aquel día, en San Se-
»bastián, que hallándose *Frascuero* ro-
»deado de varios amigos, un gomoso
»aristócrata, creyendo agradarle, criti-
»có estúpidamente á Rafael.

»—Sepa usted—dijo *el Negro* con
»energía—que ese es el mejor torero
»que ha nacido de madre».

Como dijimos en el capítulo anterior,
la primera vez que torearon juntos *La-
gartijo* y *Frascuero* fué en Granada,
el 7 de Junio de 1868.

Se lidiaban toros de Concha y Sierra.

Era costumbre por entonces—de pu-
ra cortesía—que cuando dos matadores
alternaban por vez primera, el más an-
tiguu cediese al compañero la muerte
del primer toro.

Lagartijo entregó espada y muleta
á *Frascuero* para que éste se las enten-

diera con el bicho que *abrió plaza* en aquella corrida, llamado *Centello*, al que ofreció siete medios pases con la mano izquierda, dos con la derecha, seis preparados de pecho y uno de recurso, preparatorios de un pinchazo bien señalado agarrando hueso, por lo que saltó el estoque; dió luego Salvador dos pases con ambas manos, una estocada corta á volapié algo atravesada, otro pinchazo sin soltar el estoque, otro en la misma forma, un intento de descabello sin resultado, tres pinchazos más y una estocada buena en el sitio de la muerte.

Si—como se ve—la faena de Salvador dejó mucho que desear, no estuvo más afortunado en sus toros Rafael.

En esa corrida no hubo—ni pudo haberlo—indicio alguno que hiciera sospechar el fermento de una próxima competencia entre dos matadores que tan desastrosamente se portaron aquella tarde.

Pero algo grave debió ocurrir entre

los partidarios de uno y otro, algo debió influir en sus ánimos enardeciéndolos con excitaciones al amor propio, muy susceptible en ambos, especialmente en *Frascuero*, que dió ocasión á que en la corrida siguiente, efectuada en la misma plaza el 11 de Junio, con ganado procedente de la antigua vacada de Lesaca, ya propiedad entonces del Marqués del Saltillo, los dos colosos realizasen verdaderas heroicidades, disputándose con ahinco y á pulso—como suelen decir—aplausos y simpatías.

En el primer toro el picador Calderón cayó al descubierto, y *Lagartijo* coleó con mucha valentía y oportunidad, ganando un «diluvio de palmas».

Arjona rodó con exposición en el toro siguiente y *Frascuero* quiso alcanzar el mismo éxito coleando; pero lo hizo fuera de tiempo, y las palmas se trocaron en pitos.

Esto excitó en Salvador el deseo de lograr aplausos y esperó frente al chiquero, «sentado en una silla», la salida

del tercer toro, que correspondía matar á Rafael, con objeto de ponerle banderillas á *porta gaiola*; pero se levantó antes de que el toro llegase á su terreno y las puso al cuarteo.

Lagartijo no se dió por entendido de aquella especie de usurpación; después *Frascuero* remató un quite arrodillándose ante la fiera y Rafael en otro hizo lo mismo, presentando al toro la espalda y muy en corto.

Exaltados hasta un extremo inconcebible en aquel pugilato formidable, los dos se tendieron en el suelo á pocos pasos del bicho, y entonces ya la Presidencia intervino, amonestándoles severamente por aquellos alardes de suicida temeridad y obligándoles á que torea sen con estricta sujeción á las reglas del arte.

Los matadores cogieron luego banderillas cortas y las pusieron bien al cuarteo; *Lagartijo* intentó poner un par en silla; pero el toro, apurado de facultades, no le acudió, y entonces Ra-

fael dejó un gran par á topa carnero; *Frascuero*, después de pasarse una vez sin herir, clavó otro par cuarteando.

Con el estoque, *Lagartijo* estuvo inmenso aquella tarde, y Salvador desgraciado.

Así comenzó aquella lucha de titanes, que durante muchos años había de mantener en todo su esplendor el sagrado fuego de la afición taurina.

«*Frascuero*—escribió el Sr. Ramírez Bernal en interesante artículo dedicado á juzgar las condiciones del diestro (1)—no fué nunca, ni en sus comienzos, ni en su final, el prototipo del matador de toros ni del torero».

Después, á vuelta de muchas y discutibles apreciaciones, de carácter personal algunas, otras meramente técnicas, con algunas de las cuales no estamos conformes, el Sr. Ramírez Bernal

(1) *Memorias del tiempo viejo*: XXIII—Salvador Sánchez Povedano (*Frascuero*).—*Sol y Sombra*, núm. 71, año II.

juzgó con acierto el trabajo de *Frascu-
lo*, matador de toros, en esta forma:

«En este espada se observaban dos
»polos: si el toro parado ó movido le
»tomaba la muleta haciendo cumplida
»humillación, ya podía reputarse por
»muerto; si no hacía nada por el enga-
»ño, si desarmaba, si se cernía, si in-
»quieto y revoltoso no fijaba é indistin-
»tamente ya torcía el cuello, ya lo er-
»guía, ya estaba preparado á la colada
»impetuosa y á coger en un descuido,
»había que temer por el diestro á cada
»instante, porque en esas condiciones
»el pinchazo y los desarmes alternaban,
»porque Salvador fué hombre que no
»dominaba las difíciles situaciones con
»la muleta, exhausto como era de in-
»geniosidades; y en cuanto á matar, no
»entraban en su cacumen los lances de
»recurso, de tanto mérito como arte».

.....
«Salvador, que nunca toreó con men-
»tira, sino con exceso de arrojo y cora-
»je, sabía que los clásicos espadas se

»presentaban ante el toro con la muleta
»plegada, paso á paso, y cerca del tes-
»tuz, derecho el cuerpo y juntos los
»pies. Así lo efectuaba generalmente;
»pero luego los pícaros nervios no le
»dejaban parar; íbase de un lado para
»otro y sus pases no eran rematados
»con arreglo á arte. En los naturales no
»había ese compás dulce que determi-
»na la suavidad en adelantar el brazo,
»retrocederlo y estirarlo hasta recoger
»al toro en el pico de la muleta, hacién-
»dole volver para dejarle derecho y á
»plomo sobre los cuatro remos. Por mi-
»lagro de rareza ejecutaba el pase de
»pecho forzado, que tanto renombre al-
»canza á ser consecuencia del natural;
»hacíalo preparado, que le quita mérito
»y superior efecto, y no de cabeza á
»penca, sino por la cruz ó cuello de la
»res, en actitud tan fea que el estirona-
»zo de piernas sobre las puntas de los
»pies, parecía suerte de resorte que no
»lance serio y con el deseado aplomo».

.....

«*Frascuero*, juzgado con serena é imparcial mirada, fué un torero basto en hechura y en factura. Toreaba muy cerca, no tenía miedo, sentía que alguien pudiese ejecutar con más arte y limpieza que él, y á las ovaciones que otros recibían contestaba con decisiones y temeridades en el acto de la muerte de los toros, pisando á éstos su terreno, tardando en liar el engaño para dar honrosa muestra de que no le apocaba el peligro, y con el estoque entraba su corazón, sus nervios, su cerebro. Retarle en ese terreno era mostrarse propicio á las cornadas. Salvador en esos empeños se entregaba á los toros, mientras otros no salían del círculo de la *prudencia*».

No obstante la inmensa popularidad adquirida por sus arrestos en casi toda España, Salvador no tuvo ocasión de presentarse en las plazas de Andalucía hasta el 28 de Marzo de 1875, que lo hizo en la de Sevilla, merced á valiosa recomendación, que le puso bajo la égi-

da del influyente aficionado José León.

«La entrevista fué breve—escribió el
»Sr. Ramírez Bernal en su artículo ci-
»tado.—Salvador dió la carta á León,
»éste la leyó y, mirando á *Frascuero*,
»hubo de decirle:—Bien está; trae us-
»ted recomendación de un amigo; pero
»le advierto que yo no puedo hacer
»nada de provecho si no pone de su
»parte. Si está usted decidido á torear
»con los brazos más que con los pies, y
»dar solo tres ó cuatro pases y á cada
»toro una estocada, le aplaudiremos y
»se le formará partido.—Lo haré, fué
»la contestación del arrogante grana-
»dino».

Y *Frascuero* venció en toda la línea, captándose por completo las simpatías del público sevillano.

Desde entonces, recorrió con éxito varios de los más importantes *cosos* andaluces, y después de torear las de feria—18 y 19 de Abril—en Sevilla, fué Salvador elemento indispensable como base de combinación para las corridas

que se organizaban en dicha capital.

El Sr. Millán, en concienzudo artículo, juzgó así el toreo de Salvador:

«*Frascuelo*, toreando mucho (y está
»en un error quien crea lo contrario), no
»podía competir con *Lagartijo* en este
»punto. Había entre los dos una enorme
»distancia.

»Pero con el estoque, cuando Salvador
»liaba la muleta para arrancar, se
»imponía al público en masa; era un
»instante en que se hacía el silencio en
»el circo; la atención estaba fija en
»aquel hombre, que casi encima del
»toro, perfilado con el pitón izquierdo,
»citaba á recibir (lo hizo, y lo hizo bien
»algunas veces), ó se metía á volapié
»con un coraje imposible de concebir.

»Asustaba mirar á Salvador en aquel
»momento; asustaba verle entrar tan
»corto, tan derecho, tan á conciencia,
»llegando con la mano al pelo del morrillo
»y rozando los alamares de la cha-

»quetilla con la pala derecha de la
»res» (1).

Aquilatando el pro y el contra de las opiniones emitidas por los inteligentes escritores que á juzgar las faenas de *Frascuero* se dedicaron, puede comprenderse que fué un torero de grandes energías, valor excesivo, mucho pundonor y no sobrado de recursos, á los que rara vez apelaba, más que por deficiencia de conocimiento, por afán plausible de evitar mixtificaciones con mengua de la proverbial *guapeza* que le hizo tan célebre, legando á la historia su nombre como prototipo de los toreros *con vergüenza*.

Todo lo intentaba, todo lo ejecutaba, confiado en su valentía y en sus portentosas facultades; pisaba en los quites de compromiso terrenos vedados á la prudencia para salvar, de poder á poder, la vida de un compañero; sobrio con la

(1) Pascual Millán: *Los toros en el siglo XIX*, publicado en el núm. 198—año V—del semanario taurino *Sol y Sombra*.

muleta, siempre se le veía cerca de los pitones; se perfilaba para matar muy en corto y sus estocadas, por lo general, resultaban formidables.

En suma: si como torero tuvo algunas tachas que deslucieran en ocasiones el conjunto de su labor, como espada no ha tenido rival. Por algo sostuvo durante veinticinco años, sin que ni un momento decayera, la popularidad adquirida desde los comienzos de su profesión.

«Idolo de Madrid (1) sobrenombraron
»á Salvador los biógrafos; torero de ver-
»güenza le calificaron los revisteros;
»maestro, llamáronle los toreros madi-
»leños; á cada una de sus múltiples co-
»gidas—solo comparables en número y
»gravedad á las de Manuel García—se
»conmovía y desbordaba la capital de

(1) Aunque, según hemos dicho, Salvador nació en Churriana de la Vega, tan niño vino á la corte, que los aficionados madrileños le consideraron siempre como paisano y matador *suyo*.

» España, y desde el Mayordomo de Pa-
» lacio al chulo de las Vistillas, aquél en
» nombre del Monarca y éste en el suyo
» propio, formaban fila á la puerta de su
» casa ó se inscribían en las listas entre
» las damas de la aristocracia y las hijas
» del pueblo, cuyos favores y entusias-
» mos formaron por mucho tiempo bri-
» llante aureola alrededor de *Fras-*
» *cuelo*» (1).

Salvador, el niño mimado del pueblo de Madrid, que le adoraba, alcanzó gran renombre en todas partes; su popularidad, sin embargo, no traspuso los límites de la corte.

Así como los madrileños reconcentraron en el torero favorito la intensidad de su cariño, *Frascuelo*, reconocido á tan grata y general predilección, considerando á Madrid como su segunda patria, cifró en aquella popularidad el más ardiente de sus anhelos.

(1) R. P. R.: *Frascuelo y Lagartijillo*, artículo publicado en *Sol y Sombra*, núm. 62 (año II).

IV

La temporada de 1885.

Por considerar que encaja más oportunamente en la índole de estos apuntes, escritos y recopilados sin ningún género de prejuicio ni apasionamientos, apelamos á las opiniones emitidas por verdaderas autoridades, referentes á los méritos de los artistas objeto de nuestros estudios después de la muerte ó retirada de los interesados, prescindiendo, en lo posible, de lo que se dijera respecto á ellos mientras vivieron dedicados al ejercicio de la profesión.

Lo hemos hecho notar en otras ocasiones: «después de las políticas y reli-

»gias, tal vez son las contiendas tau-
»rinas las más abonadas para excitar
»los ánimos á impulsos de una intransi-
»gencia brutal y desmedida» (1).

El *fulanismo* que ha imperado siem-
pre entre los aficionados al toreo, resta
imparcialidad á los juicios que, duran-
te la existencia del diestro, pueden emi-
tirse.

La verdad, solo pertenece á la His-
toria.

Ella, con serena rectitud y altivez de
miras, aquilata escrupulosamente defi-
ciencias y méritos, pone la balanza en
el fiel de la justicia y, limpia de pasión,
dicta su fallo, ensalza ó condena con
espíritu de equidad, ajeno en absoluto
á todo interés bastardo.

Por esa razón, observarán los lecto-
res que en este trabajillo solo hacemos
referencias á las noticias, juicios y da-

(1) *Manuel Garcia, «el Espartero»*: folleto
en 16.º volumen I de la *Biblioteca Sol y Som-
bra*, pág. 10.

tos aportados á la historia de *Frascuero* con posterioridad á la fecha de su muerte, acaecida en Madrid el 8 de Marzo de 1898.

Cuestiones puramente personales, originadas por excesos de susceptibilidad, siempre dignos, tuvieron á Salvador alejado de la plaza de Madrid durante cuatro años (1881 á 1885).

En ese interregno consolidó su fama, logrando frecuentes y considerables triunfos en las plazas más importantes, hasta que en 1885 decidió presentarse de nuevo ante su público favorito.

«En 1885 estaba *Frascuero* en toda la
»grandeza de su poderío. No era, pues,
»la temporada próxima una carta que
»se jugaba, pues aun perdiendo la ju-
»gada, tornábase á sus cuarteles de in-
»vierno siendo el matador más pundo-
»noroso de cuantos hacían el paseo al
»frente de las cuadrillas. Pero represen-
»taba la temporada de 1885 para Salva-
»dor Sánchez una satisfacción de amor
»propio, una prueba evidente lanzada á

» aquellos fanáticos *lagartijistas*, que
» tanto le mortificaron en las tempora-
» das de 1878, 1879 y 1880, haciéndole
» al cabo abandonar la plaza madrileña,
» donde tenía su centro y su pedestal,
» ganados en lid gloriosa y franca du-
» rante largos años. Muchos han pasa-
» do después. Calmáronse las pasiones;
» volvieron las cosas á su lugar verdade-
» ro, y hoy puede decirse la verdad es-
» cueta, sin que se atraviesen ante el cro-
» nista imparcial *lagartijistas* furibun-
» dos, como Martos Jiménez, ni *frascue-*
» *listas intransigentes*, como así propio
» se apellidó el maestro Peña y Goñi,
» perdiendo, de auto-referencia, toda
» autoridad crítica con ello. Y hoy, ante
» el sereno examen de los hechos, surge
» la gran figura del preclaro matador
» churrianero como un eco de los días
» de ayer, meritísimo y excelso, en los
» tiempos en que el toreo era arte y luz
» y calor y competencia y vida. De aque-
» llos días de lucha entre cosas muy

»grandes (en su esfera), y que parecen
»haber pasado para no volver» (1).

La de 1885 fué, sin duda, una de las temporadas más brillantes para *Frascu-elo* en su larga carrera de lidiador.

En el cartel de aquel abono figuraban con Salvador, los célebres diestros Rafael Molina, *Lagartijo*, y Fernando Gómez, el *Gallo*.

Para suplir á cualquiera de los citados matadores en casos de ausencia, estaba contratado Manuel Hermosilla.

Lagartijistas y *frascuelistas* se apercibieron para la lucha que otra vez iba á empeñarse, adquiriendo, con la proximidad de aquélla, tensión extraordinaria los ánimos de unos y otros, como si de dos ejércitos enemigos en vispera de batalla se tratase.

La reaparición de *Frascu-elo* en el

(1) *El Bachiller González de Rivera: RECUERDOS DE AYER. La gran temporada de «Frascu-elo» en la plaza de Madrid (1885).* Artículo publicado en *Sol y Sombra*, núm. 447 (año IX),

coso madrileño después de cuatro años de voluntario destierro, fué considerada por los *lagartijistas* como un reto lanzado por el espada granadino; éste arrojaba el guante y aquéllos se disponían á recogerlo.

Así las cosas, llegó el 5 de Abril de 1885 y se efectuó la corrida de inauguración con seis toros de D. Antonio Hernández y los matadores *Lagartijo*, *Frascuelo* y el *Gallo*.

«Para estrenarse—escribió *El Bachiller González de Ribera* en el citado artículo refiriéndose á Salvador—se las »entendió con un toro que humillaba y »cortaba el terreno (*Rebarbo*, colorado), »al que toreó valientemente, arrancán- »dole á herir con la verdad de siempre, »dando una estocada *IDA*, que fué silba- »da. Después de un amago dió fin del »enemigo con un gran volapié. Al quin- »to (*Sombrero*, berrendo en negro), »que llegó á la muerte completamente »descompuesto por la infernal faena que »hizo para banderillearle *Paco Frascue-*

»lo, que en aquella tarde volvió á ser
»banderillero después de su alternativa
»de 1877, le toreó embarullado é incier-
»tamente, dándole un pinchazo, una es-
»tocada tendida, un intento de descabe-
»llo, otro pinchazo, otro estoconazo
»tendido y un descabello á los veintiún
»minutos de faena, sin oír un solo aviso
»en gracia á la voluntad y buen deseo
»que empleó».

En honor á la verdad, no pudo estar más infortunado aquella tarde de su reaparición en la plaza de Madrid.

Pero no tardó. *Frascuelo* en reponerse del descalabro, pues en la primera corrida de abono, efectuada el día 9, *todas las veces que entró á matar pueden ser citadas como modelo*, según afirma en el citado artículo *El Bachiller González de Rivera*.

En la corrida siguiente—2.^a de abono—con motivo de haber sido alcanzado y herido de gravedad por el toro tercero, de D. Felix Gómez, llamado *Tramposo*, retinto, el banderillero de la

cuadrilla del *Gallo*, Antonio García, el *Morenito*, tuvo Salvador ocasión de hacer el quite más grande que registra la historia del toreo, metiéndose materialmente en los terrenos del toro para sacarlo de poder á poder, con tal arrojo y oportunidad, que admiradores y adversarios, *frascuelistas* y *lagartijistas*, aplaudieron con entusiasmo, lindante al frenesí, aquel derroche de valentía aplicado por el diestro de Churriana á defender la existencia de un compañero (1).

«Quienes lo vieron y lo recuerdan,
»podrán servirme de fiadores. Aquel
»toro, que volvió tres veces sobre el
»bulto, y aquel espada que, por tres ve-
»ces, consintiendo al colmenareño con
»el cuerpo, lo apartó del torero derriba-
»do, son una página brillante, hermosí-

(1) Aquellos de nuestros lectores que no conozcan, ni aun por referencias, los detalles del quite anotado en esas líneas, pueden verlos descriptos magistralmente por el Sr. Peña y Goñi en su obra *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, pág. 181.

»sima, de la historia del toreo en la plaza nueva de Madrid» (1).

A ese quite, verdaderamente colosal, debió *Frascuero* aquella tarde el no haber sufrido una derrota completa con la muerte del toro quinto, *Joaquín* de nombre, retinto de pelo, al que pinchó doce veces, é intentó descabellar siete. Descompuesto y abochornado el matador recibió dos avisos, y en un tris estuvo que no se llevaran los mansos el toro al corral.

«El desastre con *Joaquín* fué tan grande, que el matador, al desnudarse en su casa, arrojó el flamante terno estrenado (2) y no lo volvió á usar hasta dos años después» (3).

El 29 de Mayo, en corrida extraordinaria, mató *Frascuero* seis toros de Mu-

(1) *El Bachiller González de Rivera*, artículo citado.

(2) Un terno celeste y plata de gusto deplorable.

(3) *El Bachiller González de Rivera*, artículo citado.

rube; como sobresaliente de espada, figuró en carteles el diestro José Martínez Galindo.

«La tarde fué un constante éxito para »el espada, que lidió completamente »solo los seis toros, mandándolos á la »carnicería con ocho estocadas y cinco »pinchazos, todos en lo alto, y un des- »cabello. La conciencia con que ejecu- »tó todas las faenas fué base de largos »encomios. No cabía mayor esmero» (1).

Otro de los éxitos más brillantes obtuvo Salvador al matar el toro sexto—*Escribano*, de Veragua, berrendo en negro—lidiado en la corrida de Beneficencia que se efectuó la tarde del 31 de Mayo.

Llegó *Frascuelo*, paso á paso, con la muleta plegada hasta la misma cabeza del animal, y después de una faena lucidísima, compuesta de cinco pases ceñidos y rematados magistralmente,

(1) *El Bachiller González de Rivera*, artículo citado.

«arrancó á matar pintando la suerte» y logró una estocada honda y caída.

Descabelló al segundo golpe y, como escribe el citado *Bachiller* en su precioso artículo, «la ovación fué grande, aun
»hallándose en la plaza aquellos temidos
»núcleos *lagartijistas*; pero es que entonces el público era sincero y no estaba maleado. Aplaudía lo bueno, viniere de quien viniere, y aquello fué muy bueno, y tirios y troyanos aplaudieron con entusiasmo sin fijarse, como nunca se debe fijar el buen aficionado, en la colocación del estoque. Cuando el espada arranca á matar, ó espera en la suerte de recibir, la mirada inteligente del aficionado imparcial no está en el morrillo de las reses para ver dónde cae el estoque, sino en los pies del espada, para ver cómo ejecuta la suerte. La colocación del arma depende de mil accidentes independientes de su arte y de su voluntad».

De acuerdo con esa muy atinada observación de nuestro amigo y compañe-

ro *El Bachiller González de Rivera*, hemos de recordar, sin embargo, lo que dijimos en capítulo anterior de este folleto.

Hoy el público exige más, lo quiere todo; la mejor faena de muleta, la manera más á la perfección acabada de entrar á herir, se consideran deslucidas si el matador tiene la desgracia de que el estoque no entre en el toro por el punto matemático señalado al efecto.

Un extraño de la fiera, una desviación cualquiera del estoque, bastan para determinar el fracaso de un buen torero.

¿Significa eso menos inteligencia en el público?... Creemos lo contrario; creemos—y también lo hemos dicho—que hoy el público sabe más y por eso exige también más.

Acaso algunos de los diestros á quienes la historia consagra como dechados, no pasaran de medianías á vivir en estos tiempos, sin hacer más de lo que en el suyo hicieran.

Veintitrés corridas—entre las de abo-

no y extraordinarias—toreó *Frascuolo* en Madrid durante el año 1885.

Los triunfos se sucedieron de día en día, y la ya envidiable reputación de Salvador quedó perfectamente consolidada con sus brillantes faenas de aquella temporada.

No se crea, sin embargo, que todo fueron glorias para él; tuvo también, aun dentro de aquella época, que puede llamarse *grande*, tardes muy desastrosas que, á no tratarse de un torero reconocido por amigos y adversarios como dechado de vergüenza y valentía, hubieran dado al traste quizás con su bien adquirida reputación de notabilidad.

Somos enemigos de las exageraciones, y sin dejar de reconocer los méritos incuestionables de Salvador, queremos también demostrar que—como dijimos en el segundo capítulo—no todo el monte era orégano para los lidiadores de antaño.

Ya hemos recordado su faena con el

toro *Joaquín*, de D. Félix Gómez, lidiado en quinto lugar el 16 de Abril.

En la 4.^a de abono de aquel mismo año 1885, mató al segundo, de Aleas, llamado *Culebro*, de un golletazo que le «valió una silba á toda orquesta».

El 28 de Junio—II.^a de abono—quiso matar recibiendo al toro quinto, *Arriero*, de González Nandín, y «después de llevar algunos achuchones, »por acostarse el bicho del izquierdo, »recibió suciamente con gran valor, de »jando una estocada contraria y envainada. Sonaron silbidos que descompusieron al diestro, quien ya completamente azorado, toreó con cinco pases »embarulladísimos y dió un metisaca en »el pescuezo, que elevó la pita á un »punto inverosímil, como si á todos los »espectadores les hubiesen arrancado »las muelas al mismo tiempo» (1).

Tambien consigna *El Bachiller* que

(1) *El Bachiller González de Rivera*, artículo citado.

en la corrida efectuada el 22 de Julio á beneficio de la población de Aranjuez, horriblemente castigada por el cólera, «*Frascuero* perdió totalmente los papeles al estoquear el toro *Cortijero* (de »Muruve, negro), que lo llevó de cabeza, haciéndole pincharle, de todas maneras, diez veces, pasándose algunas »sin herir, tardando veintitrés minutos »en verle doblar, sin oír ni un aviso y »terminando su lidia tan visiblemente »descompuesto, que el público hubo »de acallar la silba con que se premiaba su faena y animar al espada con »aplausos».

Hacemos gracia á nuestros lectores del sinnúmero de pinchazos y estocadas defectuosas—que hoy fueran acremente censuradas—que coronaron algunas faenas de *Frascuero* durante la supradicha temporada.

Lo admirable, lo que subyugaba á la afición, lo que valió á Salvador ser considerado como uno de los toreros más grandes del siglo XIX, fueron sus quites

hechos de poder á poder, metiéndose para llevarse á los toros del terreno del peligro, donde pocos toreros, á no estar dotados de un valor á prueba, ó de una habilidad suma, se han atrevido á entrar; sus faenas de muleta ceñidísimas, sobrias, de más castigo que efecto, y sus monumentales estocadas, bien arrancando al volapié muy en corto y por derecho, dejando que el pitón le rozara los alamares, bien en la suerte de recibir, manejando primorosamente la mano izquierda para hacer el cruce.

Por eso rara vez le cogían los toros en el momento de herirlos.

Sabido es que *los toros dan y quitan*, según afirma un adagio taurino, y por eso, al lado de los pequeños lunares á que anteriormente hacemos referencia, pudieran colocarse, en número mucho mayor, las cosas buenas, magníficas, realizadas por *Frascuero* en casi todas las corridas que toreó durante la temporada.

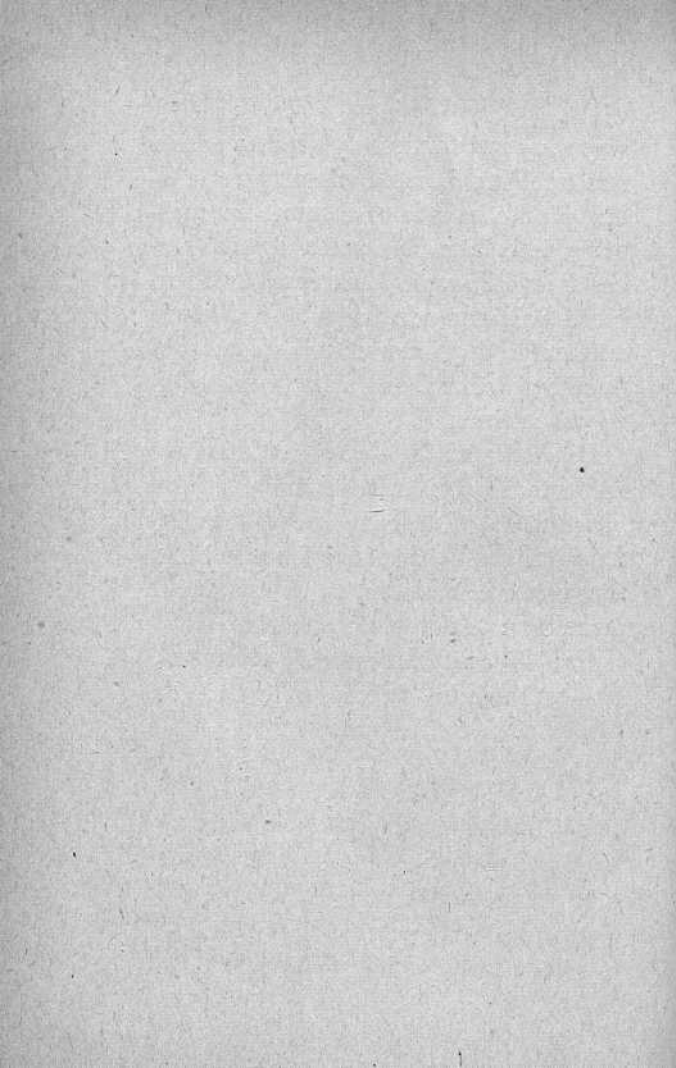
Porque como era un torero muy bra-

vo y muy pundonoroso y además poseía una inteligencia nada vulgar para la lidia, pronto hallaba el desquite en cualquier descalabro, llevando algunas veces su amor propio á extremos inconcebibles, arriesgando hasta la existencia en su afan de borrar el mal efecto producido por una faena más ó menos digna de censura.

En temporadas sucesivas mantuvo enhiesto el pabellón de su fama, sin que ni los años, ni los percances—gravísimos algunos—de que las fieras le hicieron víctima, bastasen á disminuir un ápice de su valor y sus energías.

Era—y continuamente lo demostraba—un *matador de bronce*, como le llamaron sus admiradores.





V

12 de Mayo de 1890.

Esa fecha, de perpetua y amarga recordación en los anales del toreo contemporáneo, señala el término de una existencia consagrada por completo y en absoluto, durante el largo período de veintiocho años, á la lidia de reses bravas.

Y decimos el *término de una existencia*, porque *Frascuero*, al *morir* para el toreo, puede decirse que dejó de ser el ídolo popular que tantas veces admiráramos y aplaudiéramos en la plaza, para ir á confundirse en las recónditas delicias de familiares atenciones, con el vul-

go de los mortales, formando parte de esa masa anónima que constituye la sociedad.

La historia, sin embargo, se encarga de perpetuar su nombre, legando á las futuras generaciones el fiel relato de sus méritos para que sirva de noble estímulo á los que quieran y puedan imitar sus arrestos y gallardías ante los toros.

Mas ¡ay! que también la historia se encarga de demostrarnos que no nace un Salvador todos los días y que, de presente, no hay un torero capaz, no ya de superarle en arrojo y amor propio, que eso fuera mucho pedir, pero ni aun siquiera igualarle; sin que por eso dejemos de reconocer que existen algunos valientes y pundonorosos dignos de todo género de alabanzas.

Frascuelo, como Domínguez, como Guillén, como *Illo*, constituía una excepción en lo que á la bravura se refiere.

De su inmensa popularidad, de lo mucho que el público le quería y del

sentimiento que produjo su retirada de aquel escenario donde tantos y tan legítimos triunfos alcanzara, puede juzgarse por la hermosa descripción que un aficionado inteligentísimo y célebre escritor taurino hizo del aspecto que ofrecía la plaza de Madrid en la tarde del 12 de Mayo de 1890 (1).

«No puede quejarse Salvador de nuestro pueblo.

»Un público entusiasta acudió al circo para aplaudir por última vez al que tanto tiempo luchó allí, conquistando en el toreo un nombre que vivirá siempre.

»Muchos antiguos aficionados, que rara vez van á los toros, fueron ayer á rendir un tributo de admiración y cariño al valiente espada.

»Las avenidas del coso presentaban un aspecto que escapa á toda descripción. Mil clases de vehículos se aglo-

(1) Pascual Millán: *Trilogía taurina*, segunda parte: *En la Plaza*, pág. 151.

»meraban cerca de las puertas, arrojando materialmente allí un verdadero diluvio de personas de todas las clases sociales.

»Hubo algún matrimonio de la *hig-*
»*liffe* que se presentó en la plaza viendo el característico traje del pueblo bajo de Madrid, cuando, como vulgarmente se dice, echa la casa por la ventana.

»Había mantillas á cientos y sombreros cordobeses á miles...»

.....
Después, al ocuparse en reseñar la corrida, escribió:

«Por hoy suprimiré toda clase de cuchufletas; no las considero oportunas, tratándose de despedir á un lidiador como *Frascuelo*.

»En algo se ha de distinguir esta revista de las otras, y de alguna manera he de significar mi duelo».

En aquella corrida, que debían estoquear Salvador y Antonio Moreno, *Lagartijillo*, á quien aquél daría la alter-

nativa, figuraban *Guerrita* como banderillero en obsequio al veterano matador que por última vez se presentaba ante el público de Madrid, y José Bayard, *Badila*, que también quiso, picando en la corrida, ofrecer un testimonio de amistad y admiración al maestro.

Con las cuadrillas hizo el paseo Juan Mota acompañando á su ahijado de otros tiempos.

Frascuero, que vestía terno café oscuro y oro con cabos rojos, «se fué solo al »bicho (1), llevando, como en sus mejores tiempos, la muleta plegada hasta »la misma cara de la res. Hizo una faena de primera, confiado, sereno, dando »unos pases en redondo que ni pintados, tras de los cuales amagó una vez, »lió nuevamente y echó á rodar al toro, »tomándolo á un palmo de distancia, de »un monumental volapié hasta la boia, »entrando derecho y saliendo por los »costillares.

(1) El segundo de la corrida, por haber cedido el primero al neófito *Lagartijillo*.

»La ovación fué inmensa y digna de
»tal faena. De todas partes caían á la
»plaza sombreros, cigarros, y lo que es
»mejor, valiosos regalos de los admira-
»dores del diestro.

»Hubo quien echó un par de palomas
»blancas».

Despachó el tercero, después de unos cuantos pases para sacarlo de las tablas, con dos medias estocadas bien puestas, una caída, otra media ídem, y un cierto descabello.

En el último que mató quiso y no pudo lucirse, porque el toro no estaba para ello, gracias á sus excelentes condiciones de bueyendo.

Huído y sin querer tomar la muleta, no había modo de sujetarle, y Salvador, convencido de que cuanto intentara sería inútil, lo aseguró con una estocada «buscando los bajos».

No mereció mejor muerte aquel manso perdido.

Los toros que se corrieron aquella

tarde eran de Veragua y los que mató *Frascuelo* se llamaron: el segundo, «*Pregonero*, berrendo en negro, botinero, calcetero, *corniavacao* y poco fino»; el tercero, «*Perinolo*, negro mulato, con bragas, algo veleta, un tantico *separao* de cuerna y más fino que sus hermanos»; el quinto, «*Regalón*, jabornero oscuro, flaco, largo, meleno, basto, de cuerna grande y vuelta».

Guerrita banderilleó el tercero con tres pares superiores y el quinto con uno al cuarteo y dos al sesgo, también muy buenos. «Todo en un hálito de minuto».

Badila—en el toro cuarto—pidió permiso para banderillearlo á caballo, y una vez obtenido, «clavó un magnífico par de arpones, que dejaron al bicho más blando que una manta de algodón en rama».

Salvador destinó gran parte del producto alcanzado en esta corrida para socorro de los pobres de Madrid.

¡Digno remate puesto por el pundo-

noroso *Frascuelo* á su hermosa labor de veintiséis años!...

En ese largo período de tiempo sufrió Salvador numerosos percances que resultara prolijo enumerar; por eso nos concretamos á dejar aquí consignados los más graves, algunos de los cuales hicieron temer por la vida del espada.

El 20 de Julio de 1863, le cogió un novillo en Chinchón, volteándole horriblemente, é infiriéndole una herida gravísima en el muslo derecho.

En 5 de Julio de 1867, el toro *Mari-
poso*, de Concha, corrido en Madrid, le produjo una herida, también de importancia, en la región glútea derecha.

Toreando en Linares, el 28 de Agosto de 1874, *Peregrino*, de Concha y Sierra, le dió una cornada honda en el brazo izquierdo.

Guindaletto, de Adalid, toreado en Madrid el 15 de Abril de 1877, le causó una herida, que le tuvo casi á la muerte, en la región glútea y muslo izquierdo.

En la plaza de Valencia, el 25 de Julio de 1877, el toro *Fundador*, de don Esteban Hernández, le hirió gravemente en el muslo izquierdo.

El 7 de Septiembre de 1879, *Bizcochero*, de Laffite, lidiado en Madrid, prodújole una completa dislocación del brazo izquierdo.

El 8 de Julio de 1880, el toro *Zafra-
nero*, de Lizaso, le fracturó, en Pamplona, el brazo izquierdo.

Un toro de D. Vicente Martínez, lidiado en San Sebastián el 22 de Agosto de 1880, le hirió en el brazo derecho.

En la misma plaza, el 14 de Agosto de 1882, *Gitano*, de Aleas, le produjo varias contusiones.

Cigarrero, de Hernán, lidiado en Barcelona el 1.º de Junio de 1883, le causó heridas en la región mamaria y pierna derechas.

En Pamplona, el 11 de Julio del mismo año, un toro de Espoz y Mina, llamado *Estudiante*, le infirió una herida en la mano derecha.

El toro *Calesero*, de Orozco, lidiado en Granada el 6 de Junio de 1885, dió-le una cornada en el muslo derecho.

En la plaza de Nimes, el 9 de Agosto de 1885, *Cabrero*, de Veragua, le hi-rió también en el muslo derecho.

Barrabás, toro de González Nandín, jugado en Madrid el 4 de Octubre de 1885, le produjo una herida en la mano izquierda.

El 11 de Abril de 1887, *Naranjito*, de Benjumea, le causó contusiones de primer grado en un brazo.

Peluquero, toro de D. Esteban Hernández, le cogió el 13 de Noviembre de 1887 en la plaza de Madrid, infiriéndole una herida muy grave, transversal de la piel en la parte inferior y lado izquierdo del vientre, de ocho centímetros de longitud, penetrando el cuerno de abajo á arriba hasta la octava costilla del mismo lado, que quedó rota en la unión del tercio anterior con los dos posteriores; también resultaron fracturadas las sexta y séptima costillas.

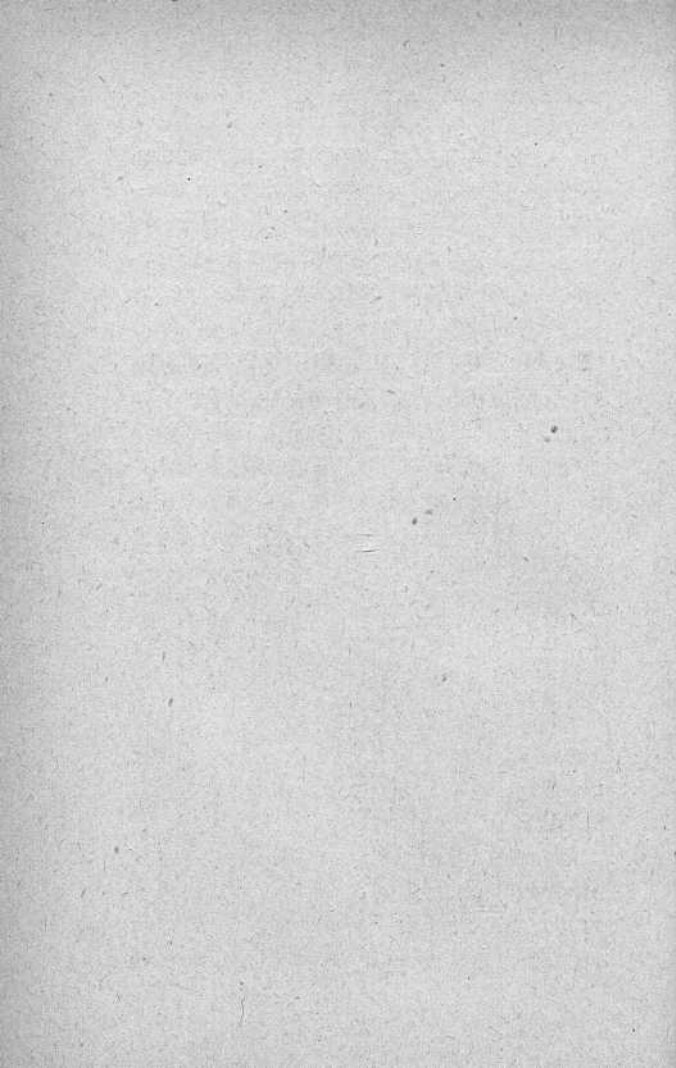
Un toro de D. Clemente Zapata, llamado *Cariñoso*, que se lidió en Barcelona el 17 de Mayo de 1888, prodújole una herida de nueve centímetros de extensión en el antebrazo derecho, cerca de la muñeca.

Ni las muchas heridas que recibió, ni el consiguiente agotamiento de energías físicas, hicieron decaer el valor de *Fras-cuelo*, ni su excesivo amor propio ante los toros.

Supeiando con voluntad de hierro y pundonor exquisito las facultades que los años, por natural desgaste, íbanle sustrayendo, puede, sin hipérbole, asegurarse que Salvador no tuvo decadencia.

Nuestros lectores habrán observado que en la corrida con que se despidió del público para siempre, hizo gallardo alarde de poseer los mismos arrestos que en las novilladas de 1864.

Al retirarse contaba la edad de cuarenta y ocho años.



VI

Detalles para la historia. Anécdotas.—Conclusión.

Desde el 27 de Octubre de 1867—fecha en que, como hemos dicho, tomó Salvador la alternativa—hasta el día en que toreó por última vez, figuraron en su cuadrilla los diestros siguientes:

PICADORES.—Francisco Calderón, Manuel Sacanelles, Ramón Agujetas, Francisco Gutiérrez, *Chuchi*, y Cirilo Martín.

BANDERILLEROS.—Antonio Monave, *Mañero*; Juan Mota, Pablo Herráiz, Esteban Argüelles, *Armilla*; Francisco Sánchez, *Frascuero*; Valentín Martín,

Francisco Ortega, *Cuco*; Antonio Pérez, *Ostión*; Victoriano Recatero, *Regaterín*; Luis Recatero, *Regaterillo*; Santos López, *Pulguita*; Saturnino Frutos, *Ojitos*, y Rafael Sánchez, *Bebe*.

PUNTILLEROS.—Leandro Guerra, Manuel García, *Jaro*, y Joaquín del Río, *Alones*.

Sin ser de plantilla, también trabajaron á las órdenes de *Frascuero*, José Bayard, *Badila*; Matías Uceta, *Colita*, y José Pacheco, *Veneno*, en calidad de picadores; y como banderilleros, José Martínez Galindo, Tomás Parrondo, *el Manchao*, y Eugenio López, *Zoca*.

Inauguró las plazas de Alcalá de Henares, Castellón de la Plana, Granada, La Línea, Madrid, Oviedo, San Sebastián y Valdepeñas.

Concedió la alternativa en la plaza de Madrid á los matadores Agustín Perra, José Cineo, *Cirineo*; Juan Ruiz, *Lagartija*; Joaquín Sanz, *Punteret*; Julio Aparici, *Fabrilo*; Enrique Santos, *Tortero*; Ponciano Díaz y Antonio Moreno,

Lagartijillo; en Sevilla doctoró á Luis Mazzantini.

Entre las numerosas anécdotas referentes á nuestro biografiado, recordamos éstas, que ofrecemos á nuestros lectores, algunas de las cuales retratan *de cuerpo entero* á Salvador:

Cuéntase que allá por el año 1862, acercóse un muchacho en la calle al banderillero Juan Mota, pidiéndole un capote para torear.

—Muchacho—le contestó el famoso diestro.—¿Te has vuelto loco?... ¡Quítate de ahí!

—Es que yo quiero ser torero.

—¿Y á mí qué me importa?... ¡Como si quieres ser arzobispo!

—Si usted supiera quién soy, de seguro que me lo prestaba.

—¿Pues quién eres tú?

—Hermano de Alejandro, el delantero que le trae á usted el *pescao*...

—¿Pero sabe tu hermano que quieres torear?

—Él no tiene que ver conmigo. Si

me dan una corná, yo seré quien la lleve y no él.

—Mira que los toros proporcionan muchos disgustos...

—Y mucho dinero.

Convencido, al fin, Juan Mota, regaló el capote á Salvador, y éste, con la satisfacción que es de suponer, empezó á usarlo en las capeas á que concurría.

Comparando Manuel Domínguez el trabajo de *Lagartijo* y *Frascuero*, á quienes vió torear juntos en la plaza de Sevilla, decía:

—Los dos son hombres de vergüenza, y de dos modos mata la vergüenza á los toros: unas veces llega el *pesqui* hasta el morrillo, y otras, el corazón. En Rafael sucede lo primero, en *Frascuero* ocurre lo segundo.

El novillero Raimundo Rodríguez, *Valladolid*, que toreó algunas corridas como banderillero á las órdenes de Salvador, quiso lucirse una tarde poniendo banderillas al cambio; el toro no le acu-
día, y *Frascuero*, viendo la insistencia

del diestro y que la cosa iba resultando pesada, le dijo:

—Amigo: usted está acostumbrado á cambiar los de veinte duros, y éstos son de 8.000 reales; con que ¡no presumir, y á lo que estamos!...

A la vez que *Frascuero* asombraba al público por sus arrojos en la plaza, el célebre tenor Julián Gayarre lo dominaba con su voz portentosa y arte exquisito en el teatro.

«Partidarios de la *verdad* en el arte—
»dice el Sr. Carmena y Millán (1)—
»eran, además de amigos, mutuos admiradores. Presenciaba yo un día con
»Julián una corrida en que no tomaba
»parte Salvador, y me decía aquél al
»terminar: — Desengáñate, éstos son
»matadores de *falsete*; el único matador
»*de pecho* es mi amigo *Frascuero*.

»Otro día, después de haber almorzado opíparamente en casa de Salva-

(1) *Frascuero*; artículo publicado en el número 48 de *Sol y Sombra*, año II.

»dor, que vivía entonces en la calle de
»la Salud, bajamos juntos á la estación
»del Mediodía á despedir á Gayarre,
»que marchaba á Lisboa, en donde es-
»taba escriturado para cantar en el Real
»Teatro de San Carlos. Momentos an-
»tes de partir el tren, le decía Salvador
»á Gayarre:—Hasta la vista, amigo Ju-
»lián, y no deseo más sino que llegue
»usted con salud, porque á usted le su-
»cede lo mismo que á mí, que en lle-
»gando al *terreno*, de lo demás no hay
»que hablar.»

Una temporada, durante la cual, por motivos que ignoramos, *Frascuero* hubo de enemistarse con el ganadero D. Vicente Martínez, éste puso reparo para vender una corrida de toros que debía estoquear Salvador, por si el diestro pudiera negarse á torearla.

Cuando *Frascuero* se enteró del caso, respondió en uno de aquellos arranques de amor propio tan peculiares en él:

—Pues mataré los seis toros de don

Vicente y luego, de postre, lo mato á él...

Al poco tiempo, el ganadero aludido y Salvador fueron los mejores amigos.

Salvador Sánchez Povedano falleció en Madrid, víctima de rápida enfermedad, contraída en su casa de Torrelo-dones—donde pasó los últimos años posteriores á su retirada—el 8 de Marzo de 1898.

Con motivo de su entierro, patentizóse una vez más el cariño y la popularidad de que el pueblo de Madrid hizo siempre objeto á su matador favorito.

Compacta muchedumbre se apiñaba al paso de la comitiva, para dar el último adiós al que durante muchos años fuera su ídolo.

Hasta última hora realizó *Frascuero* el ideal de toda su vida: la aspiración constante á la popularidad y su afán de conservarla.

El cadáver quedó sepultado en el hermoso panteón que posee la familia

en el cementerio de la Sacramental de San Isidro.

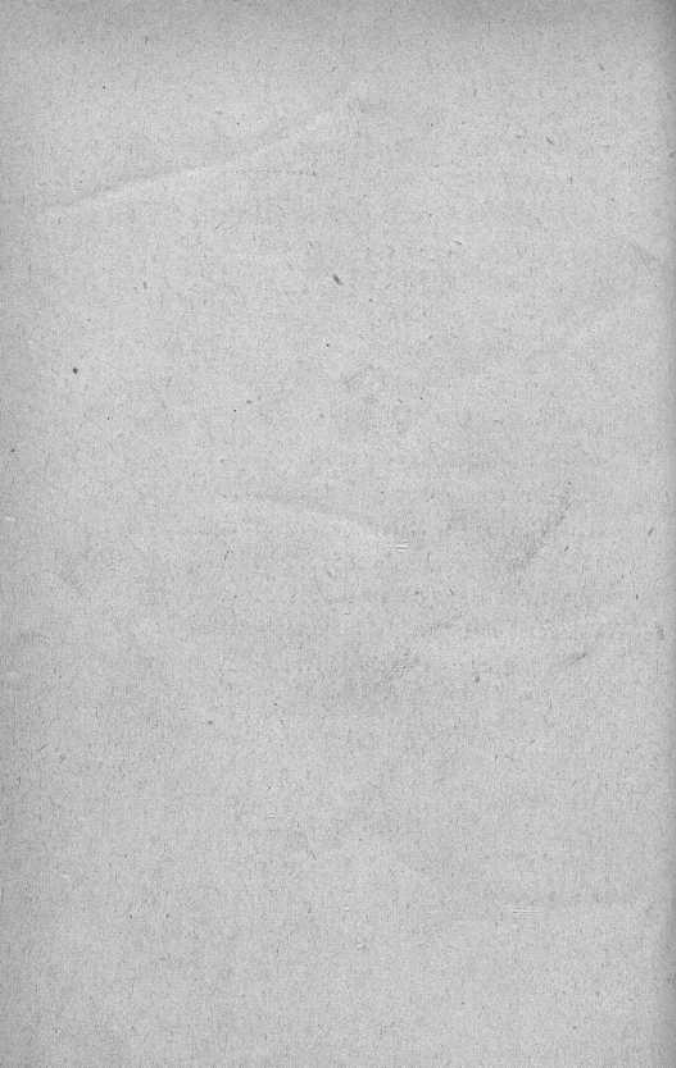
Apenas hemos podido esbozar aquí una ligerísima semblanza de aquel gran matador, cuyo arrojo para las fieras nadie ha igualado.

La historia, siempre recta en sus juicios é imparcial en sus fallos, ha concedido al nombre de *Frascuero* preferente lugar entre las glorias taurinas del pasado siglo.



ÍNDICE

	Páginas
I.—Las novilladas en 1864.	5
II.— <i>Frascuelo</i> , matador de toros.	23
III.—El toreo de Salvador.	35
IV.—La temporada de 1885.	57
V.—12 de Mayo de 1890.	75
VI.—Detalles para la historia.—Ané- dotas.—Conclusión.	87





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 296 | Precio de la obra

Estante . 1 | Precio de adquisición.. ..

Tabla... 1 | Valoración actual..... ..

Número de tomos.

2

